

el viaje, podíamos hacer una cosa : todo lo que hemos ahorrado echarlo en una hucha.

— ¡Eres la mujer que buscaba! — le dijo él con entusiasmo.

Y mientras contaban los cuartos para echarlos en la hucha (¡oh Cupido, aprieta la venda y tápate mejor los ojos!), él le dió el primer beso.

La cama de matrimonio les esperaba. Metieron el dinero en el armario, y apagaron la vela.

Á la mañana siguiente las compradoras ya no le llamaron Estebanillo : le llamaron Esteban.

ESTEBAN

ESTEBAN

I

Cuatro años de matrimonio. — Donde se ve que unos buenos informes dan muy buen resultado para casarse. — Donde se ve el amor y otras tonterías de gente joven.

Habían pasado cuatro años desde el casamiento de Estebanillo, y con todo y haber ocurrido hechos de transcendencia que en otras casas sin raíces hubieran conmovido á la familia, como los tales hechos de transcendencia habían sido morales y no afectaban al negocio, allí no se había parado mientes en ellos.

Había muerto el señor Ramón; pero como había muerto de un accidente (un hombre tan reposado), y como que si hubiese vivido enfermo tal vez se hubiese quedado inútil, estorbando la marcha normal que ha de tener todo establecimiento, acordaron los que quedaban que para padecer él y hacer padecer á los que no tenían la culpa, mejor había hecho Dios en llevarsele á su santa gloria. Había muerto el

señor Forment; pero como no había dado molestias, y allí quedaba el sillón para recordar su molde en aquella casa, y como no había hecho nada en el mundo más que estar sentado y hablar del tiempo, tampoco se habían enterado. Había habido que poner una fuente á la señora Rosita por mor de la sofocación que le daban las carnes; pero como era una fuente que no molestaba á nadie más que á ella que la llevaba, se la dejaba en paz. Se había casado Pepeta, de resultas de aquel beso, con uno de los artilleros de enfrente; pero como habían tomado otra Pepeta más joven, más despachada y más económica que ella, que no se comía las tajadas de la olla ni pedía que la dejaran salir los domingos por la tarde, aun habían salido ganando.

Sí; allí no había pasado nada que valiese el gasto de preocuparse. El señor Esteban tan sereno, tan equitativo, tan pésalotodo y tan aconsejador como siempre; la señora Feliciano haciéndose vieja, pero con toda resignación; las Marías haciendo un mes que habían acabado una colcha; el comerciante en granos habiéndose vuelto á casar, y entre el grano y dos hijas más que habían granado del matrimonio, no haciendo nunca estorbo al yerno; la señora del principal continuando en el principal, y el negocio, que es lo principal, marchando como una trencilla; aquel hogar comercial no podía ir mejor de lo que iba. Género, parroquia, capital, consideración é intereses iban subiendo de hora en hora, y si bien es verdad que poco á poco, subían con tanta constancia, que,

según decía el señor Esteban, «era la gota aquella de la piedra que va horadando á los clientes y trayendo provecho á la casa».

Tanto prosperaba la casa, que habían tenido que poner dos dependientes, mayores de edad y de pago, porque ni Esteban ni su mujer podían dar abasto al trajín.

El uno era el tenedor de libros, que se llamaba señor Pablo y nada más: que era soltero, gris, medio calvo, medio flaco y de media edad; que era uno de esos pobres hombres que cuando pasan no se sabe lo que son ni qué hacen; que nadie los ve, que nunca estorban para nada, á quienes nadie da los buenos días cuando llegan ni dice adiós cuando se marchan; que era un Esteban fracasado, y que además era tan sordo, que si no gritaban mucho no oía una palabra; y como no gritaba nadie, porque nadie reparaba en que estaba él delante, se pasaba la vida en ayunas; silencio que le servía para los libros, eso sí, porque no pudiéndose distraer, como no podía con nada de lo que decían los demás, vivía sólo para aquellas páginas como único paisaje de su vivir; y el otro era un viajante, que se llamaba Tonet, que era joven, despierto, charlatán é inquieto. Tan pronto estaba en Galicia, como en Murcia, como en Extremadura. Se pasaba la vida en el tren consultando itinerarios; en las fondas hablando de todo, de todos y de lo de más allá; en los cafés y en los casinos ponderando su tierra, que la encontraba tan hermosa porque no vivía nunca en ella; en las tiendas haciendo notas y

contando cuentos; llegaba apresurado, y hacía muestrarios á toda prisa, y volvía á saltar á otro tren, y volvía á llegar y á marcharse, paseando maletas y canciones, mercería, y voces, y risas de punta á punta de España.

En medio de estos dos temperamentos, el de paz del señor Pablo y el de acción de aquel viajante, Esteban y Tomasita sostenían el equilibrio con tanta nivelación y tanto aplomo, que nunca «La Puntual» había sido tan puntual ni el carro comercial había ido por tan buen camino. Desde que llevaba las riendas aquel matrimonio ejemplar, que era la unión de dos escuelas, la de la importación y la de la exportación, la de vender y la de recoger, la de despachar cintas é hilos y la de importar lo más importante, los dineros entraban en el cajón con prisa metódica. Aquello no era una mercería: aquello era extracto de tienda.

Estebanillo, desde que era Esteban, había andado tanto camino que era más que comerciante: era un manual del comerciante, el perfecto comerciante, la flor del comerciante. Tenía todas las virtudes del hombre que quiere hacer fortuna: calma, constancia, seriedad, ojo, desafecto, falta de conciencia, testarudez, perseverancia, y á mí qué me importa el prójimo; y no tenía estorbo que le detuviese las intenciones, ni escrúpulo, ni genio, ni talento, ni letras, ni preocupaciones. El tiempo que, para tantos, es la cadena que va con rumbo á lo infinito, para él no era más que un plazo para esperar el cobro ó el pago de las letras

y las facturas; el mundo que, para tantos otros, es un misterio lleno de «quien sabes» y de enigmas, para él era un gran mercado con deudores y acreedores, con hombres malos que no pagaban, con hombres sospechosos que debían, y con gente de bien que cumplía como es debido; la vida, esta vida que tanto ha dado que rumiar, para él era como un dietario con entradas y salidas, y la muerte era un vencimiento. Y todo esto no lo pensaba (si hubiera tenido cabeza para pensarlo no hubiera sido lo que era), lo sentía. Tenía el don, el golpe de vista, el sexto sentido que tiene el tendero, cuando lo es por naturaleza, que le hace ver todas las cosas, no por el lado por el cual deslumbran, sino por el lado del cual dan luz. Con sólo oler una trencilla, ya conocía por el olfato si había de subir, y de la nariz iba á la compra, y de la compra á la ganancia, y de la ganancia á otra compra; él, con el gusto vulgar que tenía, ya podía asegurar que lo que á él le gustase gustaría á las mayorías, que eran tan Esteban como él; con la calma natural que el Señor le había dado y el señor Esteban fortalecido, tenía una guía tan segura para asegurarse las ganancias, que si, teniendo una hora tonta en lugar de valerse de su instinto, hubiera podido pensar y hubiese pensado, habría perdido en una hora la ganancia de toda la vida. No; no había nacido para pensar. Esteban había nacido para esperar á la puerta de la tienda, y con constancia, con recogimiento y con la santa paciencia de un buen pescador de caña, coger á las mujeres que picasen,

y, engañadas por el deseo, hacerlas entrar en la tienda.

En cambio ella, Tomasa, aquella muchacha tan silenciosa, tan modosita, tan con los ojos bajos; aquel terroncito de modestia, aquel piñón de virtud, aquel grano de trigo, de candor, había sacado las uñitas que llevaba escondidas bajo la piel blanca, y dominada por la ambición se había convertido en mujer, y de mujer en tendera, y de tendera en símbolo, y de símbolo en hucha. Los dineros que de la tienda subían al entresuelo ya no volvían á ver la luz. Sabía encontrar rincones de armario y agujeros de cómoda, en los cuales aunque hubiesen entrado ladrones no los hubieran sabido hallar. Tenía maneras de ahorrar, de escatimar, de guardar, de recoger y aprovechar las sobras y de llevarlas á la sombra, y allí, en la sombra, tenerlas presas en escondite perpetuo, que era cosa maravillosa. Del comer sabía sacar lo más justo para que, sin padecer hambre, quedasen satisfechos, pero no hartos; hacía durar la ropa con zurcidos inverosímiles que eran obras de arte de disimulo, dejando las prendas de vestir en tal estado de modestia que nunca eran ni nuevas ni viejas; los muebles, que nunca habían sido jóvenes, á fuerza de miramientos, de cuidados, de unturas y cataplasmas, los sabía conservar en una media edad pasadera, en la que, aunque no daba gana de tenerlos, no estaban bastante pasados para tirarlos. Allí nadie podía enflaquecer, pero nadie podía engordar. Si la señora Rosita tenía las carnes que tenía, es que aun le quedaba grasa

del tiempo del señor Ramón, que Dios tenga en gloria; pero ni Esteban echaba carnes, ni ella tuvo que ensanchar las camisas y las enaguas como temió al hacerse la ropa.

Los informes habían sido buenos, ¡vive Dios!, pero ella había salido mejor que los informes. No lo decimos por alabarla, pero aquella comerciante en granos, desmedrada, que no pesaba lo que un grano de mijo, era un tratado de Economía puesto al servicio del comercio, y nunca mercero conocido pudo encontrar mujer más de su casa, más trabajadora, más ahorradora, más zurcidora, más aguda, más vigilante, más hormiga, más práctica y más tendera que la que había encontrado Esteban con ayuda de las personas razonables; una mujer que era una finca; una mujer que producía más del catorce por ciento; una mujer que si hubiese premios para premiar á las tenderas, le habrían dado medalla de oro, oro que hubiese ido á caer en su famosa hucha.

Él, Esteban, no tenía que hacer más que comprar; comprar bien, como había dicho el señor Esteban, y ella ya se cuidaba de todo: de vender, de despachar, de poner el puchero á la lumbre, de quitarle, de mandar á la criada, al tenedor, á la suegra y hasta á él mismo. Él no tenía que hacer más que de hombre, que para eso llevaba pantalones; él á hacer acto de presencia en la casa: de estampa, de majestad, de respeto, y ella á tejer la tela de araña: un tejido tan fino, pero tan espeso, que no se escapaba ni una mosca.

Y todo esto sin voces, sin ruido, sin prisa. Se deslizaba silenciosamente por todos los rincones de la casa: iba donde tenía que ir con paso de monja; hablaba bajito y despacio como si hubiese habido enfermos; andaba como descalza para no despertar á la parroquia, y poco á poco hacía su voluntad como un ángel del negocio que hubiese bajado á hacer el milagro de dirigir la casa.

Vamos, que aquella «Puntual» era más que puntual. Era un nido de reglamentación y de virtud bien entendida.

Si llegasen á tener sucesión no se podría pedir más.

Pero, ¿tendrían sucesión? Nuestro Señor lo había de disponer, y en eso, como en todo lo demás, Esteban no tenía prisa.

II

Las aleluyas van siguiendo su curso.

Al llegar al punto de esta aleluya, si Esteban hubiera pensado ó hubiese tenido tiempo de pensar, se le hubiese ocurrido esta pregunta: ¿Eres feliz, Esteban? Y en cuanto se la hubiera hecho, no hubiera sabido qué contestar.

Si se entiende por ser feliz tener emociones, alegrías, tener tristezas de crepúsculo que acaban con la luz del alba, tener ilusiones que se escalonen hasta la cuesta abajo de la vida, y amores, y celos, y pasiones..., no; no era feliz Esteban. Si el gozo de la vida es vivirla y gastarla con salud é inventar fuerzas cuando flaquean y correr tras un ideal hasta morir de desengaño..., no; no era hombre para correr Esteban. Si la felicidad es una fruta para cuyo logro es preciso padecer, ó empeñar la juventud, ó vender el alma al diablo, Esteban, que no quería ni vender ni empeñar diez céntimos de vida, no podía ser feliz; pero si la felicidad es pasar días sin noches, sin fie-

bre, sin angustias, sin lágrimas y sin risas, y «vamos tirando», y «alabado sea Dios», que ya llegaremos al fin de la carretera llana, Esteban era feliz por completo; tanto lo era, que sólo le faltaba para serlo definitivamente enterarse de que lo era, si es que con el sólo hecho de enterarse no lo hubiese dejado de ser.

No; ese lujo de tener angustias y gozos y preocupaciones, y deseos y fantasías, no se le permitían Esteban y su fiel esposa. Aquella casa era una plaza fuerte, en la que fuera de lo que hay que pasar porque no hay más remedio que pasarlo, no entraba ninguna emoción. Con treinta años que él iba á cumplir pronto, y con otros treinta que tenía ella, no habían estado nunca enfermos; no habían estado nunca buenos del todo; no habían tenido trastornos grandes ni alegrías pequeñas. Estaban condenados á que no les pasase nunca nada. Ni mal de amor, ni noches de esperar al día siguiente, ni mañanas de esperar la noche, ni celos, ni sospechas, ni dudas; días lisos, años lisos, siempre lisos, como aquella explanada de la ciudadela, de hierba cortada á máquina. Allí las horas de comer marcaban el tiempo que pasaba, las horas de dormir, el tiempo que había pasado; las puertas cerradas el día de fiesta, y al fin de todo estaba el balance, siempre el balance, que era esperado como la venida de un profeta. Allí el rosario era el vender, y el dios la media vara, que iba midiendo cuartas y cuartas hasta un infinito de trencilla; la música era el tintinear de la calderilla

cayendo en el cajón, y toda la naturaleza era la plaza enfangada, con aquella vista de cuartel largo y simétrico, con las ventanas cerradas que parecía un hospital de enfermos disciplinados, de enfermos de administración y reglamentación forzosa.

Si eso era ser feliz, lo eran los dueños de «La Puntual». Lo habían sido durante más de treinta años y lo serían unos treinta más, si no tenían otra suerte, que para ellos sería desgracia, y cambiaban el modo de vivir.

El caso es que, felices ó no, aquella especie de limbo inspiraba tanta confianza en el vecindario, á los compradores y á todo el mundo, que la casa era tenida como cosa de respeto. La casa de la cual nadie dice nada, á fuerza de no decir nada de ella, se va volviendo venerable, y cuanto más vieja es la tienda, más fresco y más bueno parece el género. La tenían por tan venerable aquellos menestrales de la vecindad, que compraban en ella con silencio, con religiosidad de creyentes, con la seguridad de que el género era de buena ley y se podía comprar con confianza, y, ¡oh poder de la tradición!, tenían tanta fe en los ovillos y en las madejas de «La Puntual», que si se hubiese cerrado por casualidad, y hubiesen tenido que ir á otra tienda, desde la calle del Rec á la calle de Tantarantana, no se hubiesen hecho más colchas, ni más canarios de lana amarilla, ni más respaldos de ganchillo, ni más vírgenes de Monserrat bordadas en cañamazo.

Pero no había temor, no cerrarían. Abrían, abrían

siempre con una puntualidad, de la que se admiraba hasta el mismo rótulo.

Abrían y seguían vendiendo, y comiendo y durmiendo, y vuelta á empezar; y así meses y meses, años y años, lo mismo que si les diesen cuerda.

III

Esteban y Tomasa van al campo.—Lo que ven y lo que dicen.—
Exaltación de Esteban, que acaba con toda la prudencia que corresponde á su genio.

Un día, sin embargo, viendo que todo el mundo les predicaba que el estar tanto tiempo en la tienda no era bueno para la salud, que si no se movían de casa enfermarían de gota, que había que salir al campo, y que todo el mundo sale al campo, y que campo por aquí y campo por allá, también quisieron hacer una salida é ir á comer sobre la hierba, y saber lo que era aquel campo que tenía tanta parroquia.

Naturalmente que para ir hay que preparar la ida y saber el día que se va. Las cosas hay que prevenirlas y hacerlas á tiempo; y ya que se había pensado en perder un día para ir de juerga, era preciso escoger uno que no fuese como otro cualquiera; y escogieron el más señalado para esta clase de esparcimientos.

Si habían tardado medio año en pensarlo, para prepararlo tardaron un momento. Ellos eran tardos en pensar, pero activos en resolver.

La señora Rosita, por su peso, que le impedía el traslado, se quedaría perenne á guardar el establecimiento. Llevarían á la criada, el arroz, la cazuela, el pollo, el congrio, las almejas y la ensalada. Saldrían por la mañana temprano, subirían en el coche de Gracia, irían al sitio más campo que hay en los alrededores de la ciudad, á la Montaña Pelada; comerían patriarcalmente, y sabrían para siempre jamás lo que es un día de juerga, que el que ha pasado treinta años en el deber, si no tiene derecho á un momento de broma, vengan jueces y lo fallen.

Dicho y hecho. El día señalado, á las ocho en punto de la mañana, después de haber recomendado á la señora Rosa que por el amor de Dios y de los santos no abriese la puerta á nadie; que no se dejase engañar por tantos hombres seductores que dicen finuras á las mujeres para sacar los cuartos del cajón; de hacerle responsable de todo lo que pudiese suceder, y de encargarle que si había fuego enviase un propio, cargaron los cestos á la criada y las almejas y los calamares, y aquel pollo y aquella ensalada, y se fueron al soportal del Ángel, de donde salía el coche de Gracia.

El coche no era un solo coche, eran muchos, y todos de la misma clase; una clase de coches largos medio tartana y medio diligencia, tan llenos de capas de pintura y de polvo sobre la pintura, y de pintura sobre el polvo, y de polvo y color sobre las capas, que se necesitaban buenos caballos para llevar el peso de tanto remiendo, y los caballos, que también

eran muchos y también eran todos iguales, no estaban montados para llevar peso; no tenían más que la salud justa para llevarse á sí mismos, y llevaban á los pasajeros y á los paquetes por convencimiento de la tralla.

El coche en un momento estuvo lleno, pero no de viajeros, sino de cestos y meriendas. Por cada sitio que iba ocupado de personas propiamente dichas, había seis cestas, dos paquetes inútiles y tres guitarras. Las gentes que habían subido parecían emigrantes de broma que se llevaban provisiones para lo que pudiese suceder; gentes que huyesen de una peste de tristeza y de obligación y se llevasen la alegría y la despensa; muchachos que iban á hacer novillos de la fábrica, del taller, de la tienda ó del hospicio, con tanto afán de divertirse, que una cesta que se caía ó un señor que estornudaba les daba motivo para reír, para chillar, para escandalizar y para darse cada trastazo que hacían temblar el coche.

En cuanto arrancó aquel coche, arrancó el cantar de todos juntos, y ya no paró en todo el día. De «Tú eres la flor», y «Ay, sí», y «Abril», y «Baja al jardín», y «Adiós, mulata», y más «sies» y más «abrilés», aquello era una jaula con pájaros desbocados y tres pájaros adormecidos, que eran los de «La Puntual». El alboroto por aquel paseo de Gracia no cesó un solo momento: cuando no gritaban hacían coro, y cuando no hacían coro silbaban, y era tanto el afán de divertirse y de demostrárselo á los oyentes por medio de la garganta, que contagiaron al cochero; y

el cochero, para desahogarse, hacía marchar á aquellos cuatro caballos, hechos de huesos y de piel lacia, como si fuesen una cuadriga y él un carrero de juegos olímpicos. Y «¡jarre aquí!», y «¡Coronela!», y «¡Pótro!», y «¡Reira de Dios!», y «¡Galán!», y reniego y garrotazo, el polvo salía del coche como de una alfombra vieja que sacudiesen al sol y levantase una nube de miseria.

Esteban, Tomasa y la criada ya hubieran querido llegar.

— Esto es demasiado — decía Tomasa á Esteban.

— Y tan demasiado — respondía él —. Ya sabes que á mí me gusta la broma, cuando llega la hora y la ocasión; pero una cosa es broma que sea expansión natural, y otra escándalo. Apártate, no te manchen el vestido, que estas gentes en cuanto se exaltan no respetan ni la ropa.

Llegando á la Travessera, el cochero preguntó si bajaba alguien, pero nadie bajaba de aquel coche: ¡iban todos á la montaña!, ¡en busca de árboles!, ¡al bosque!, ¡al diablo!, ¡donde fuese!, ¡con tal de salir de la ciudad!; y hasta la plaza de Rovira, que no iba el coche más allá, ninguno paró de hacer ruido, de co-rear y de mover alboroto.

Bajaron mujeres y cestas en llegando á la plaza de Rovira, y vengan las guitarras, y arriba. Otros coches que llegaban fueron arrojando nuevas comitivas, y de Horta, y de San Andrés, y de Gracia, y por todos lados no se veían más que grandes grupos que iban subiendo á la montaña. Allí obreros con el chaleco

azul, gorra negra y alpargatas, con la bota en alto, la mujer al lado y los chiquillos saltando detrás; allí parejas y más parejas andando de la mano, con los ojos encendidos de gozo y los labios rojos de deseo; allí menestrales con la ropa de los días de fiesta, deteniéndose de cuando en cuando para ir viendo el panorama; allí aprendices ligeros como cabras, triscando por las sendas y saltando cercas para gastar el ansia de correr; allí comitivas uniformadas, un casino de obreros que habían ahorrado cinco céntimos cada semana para ir á pasar un día de juerga; y tocar de guitarras y gritos, y cantos, y panderetas, y acordeones, y un sol que emborrachaba hombres y ponía coloradas á las mujeres, y todos arriba, arriba siempre, y ¡viva!, como enjambre de pájaros de jaula á quienes hubiesen dado la libertad y que corriesen hacia los árboles.

¡Y los árboles eran algarrobos! ¡Pobres algarrobos, medio encaracolados con las ramas colgando! Y la tierra un montón de ortigas, llena de huesos de chuleta, de hierba seca, de pedruscos, de grava y de cáscara de caracoles. Y aquella ilusión de campo era uno de esos paisajes que parecen hechos de los despojos que escupen las ciudades; pero como no hay mejor paisaje que llevar la alegría dentro, á aquellos prisioneros del trabajo cada algarrobo les parecía un portentoso «manzanillo», debajo del cual no les importaba dormir, con tal de dormir al lado de «ella»; cada árbol, el árbol del bien y del mal, que todos lo son cuando la fiebre de la seducción vela detrás del espí-

ritu, y tan así les parecía, que cuando Esteban (y familia) quisieron encontrar un poco de sombra, les costó los clavos de Cristo. Cada algarrobo era un casino con tres ó cuatro cazuelas humeando bajo el toldo; cada toldo era un nido de risas, y cada risa dulce enfermedad que se contagiaba á los demás.

Como Esteban no era pretencioso ni su mujer tampoco, se contentaron con un árbol que, si bien no daba mucha sombra, al menos no estaba habitado; y venga leña y lumbre, y la cazuela, y comencemos la batalla.

Esteban quiso sentarse mientras la muchacha hacía el arroz y Tomasa vigilaba; pero como hacía muchos años que no se había sentado en el suelo; en todas partes se encontraba mal; se levantó y fué á ver el arroz para dar también su parecer, pero le dijeron que estorbaba; quiso mirar «la vista», y justamente había allí una cerca que tapaba «la vista», y, por fin, no sabiendo qué hacer, sacó un cuaderno y un lápiz y empezó á sacar sumas: tanto da tanto, y dará tanto, y el día treinta de este mes el arqueó arrojará dos mil duros, y puedo pagar tanto y cuanto, y... tampoco pudo acabar; en el algarrobo de al lado se oían tantas risas, y silbidos y besos y corridas, que espantaban á los mismos pájaros, y si espantaban á los pájaros, que están prácticos en lo del querer, figúrense ustedes, señores, si habrían de espantar á Esteban.

— No sé cómo las autoridades consienten que se venga á cortejar en la vía pública — dijo Esteban á

Tomasa; pero como ella no lo había oído y como el arroz estaba á punto, se sentaron en una piedra y se pusieron tres platos, no demasiado llenos ni demasiado vacíos; tres platos ni de rico ni de pobre.

El arroz estaba bueno.

Á Esteban le pareció así y cumplimentó á la criada.

— ¡Ya lo creo que tiene que estar bueno! — exclamó en seguida la señora —. No le faltan buenos avíos, pollo, congrio, calamares... Por fuerza tiene que estar bueno; pero que le hiciésemos así todos los días, y ya verías tú dónde iba á parar la casa.

— Ya que hablas de la casa — dijo él —, ¿se enviaron aquellas tiras bordadas á la casa Jiménez Rubio, Ramírez y Compañía, que pidió el viajante?

— ¡Claro que se enviaron! — dijo ella medio ofendida —. Ya sabes que no me olvido nunca de las cosas que me interesan. ¿Quieres un poco más de arroz?

— Estaba pensando una cosa, Tomasa. Si pusiésemos una sección de tela de colchones, ¿te parece que nos daría resultado?

— No — dijo ella —; vale más lo cierto que lo dudoso. Hay que ir poco á poco. Comer despacio y digerir bien.

Y después de estas tres sentencias, continuó como diciéndoselo á sí misma:

— Todavía, si tuviésemos hijos...

— ¿Es que te parece que no los tendremos? — se atrevió á insinuar Esteban.

— Calla, que ya te me alborotas — dijo ella me-

dio riendo —. Eso es lo que tienen los malos ejemplos. ¡Muchacha, trae las chuletas!

Las chuletas también estaban buenas; tampoco les faltaban avíos y tampoco eran chuletas de las que se pudiesen comer todos los días; pero á la ensalada sí que le faltaba: parecía que comiesen hierba, y suerte que con el queso y las almendras y un poco de vino rancio que llevaban como extraordinario la hicieron pasar.

Bueno; ya habían acabado; y ahora ¿qué iban á hacer? ¿Volverse á casa? Para volverse en seguida no valía la pena de haber venido. ¿Dormir? ¿Quién dormía en aquel pedregal y con tantos gritos alrededor? ¿Jugar á las cartas? ¿Y quién tenía cartas y quién sabía jugar á las cartas? ¿Hablar? ¿Qué no se habían dicho ya en el mundo, y de qué se podía hablar estando fuera de la tienda? ¿Hacer media? Si Tomasa hubiese pensado en ello, hubiera traído la media; pero ¿le iba á dejar á él en Babia bajo el algarrobo? ¿Contar cuentos? Eso es cosa de chiquillos. ¿Contar historias? Ellos no sabían más que una historia: la de las cuatro reglas. No había nada que hacer, ¡vive Dios! Y ellos no sabían no hacer nada. No quedaba sino esperar á que el sol se pusiese por buenas é ir á dar la vuelta por Vallcarca, y anda que andarás, volverse á la tienda.

¡Y lo que tardó en bajar aquel sol! ¡Y qué sol más poco trabajador, Dios del cielo! ¡Y qué poco tiempo le hubieran tenido empleado en «La Puntual»! ¡Y qué empujón le hubiera dado Esteban para hacerle rodar

más de prisa si los soles estuviesen á mano de los Esteban! Bostezó, se sentó, se levantó, se tumbó, se volvió á sentar; pero como no había bostezado nunca, porque la obligación no le dejaba, sea el bostezar ó sea lo que sea, vió cosas imprevistas que le extrañaron un poco. Vió que el cielo era de un azul de que él no se había enterado nunca; reparó en que había nubes pintadas de color de rosa como las cintas de á real el metro; notó que se criaban flores en las grietas de la grava; observó que cuando uno está demás ve lo que no ve trabajando, y, ¡oh pasmo de la contemplación!, vió lo que no había visto nunca, porque no se había fijado en ello: que su mujer era delgada (en eso sí se había fijado), pero que entre la delgadez había plenitudes de vida que él no había sospechado; que los ojos tenían reflejos verdes que no habían tenido nunca, y que los labios delgados y ondulantés tenían un cierto temblor que él no sabía que tuviesen, y... «Vámonos», le dijo; y, cosa nueva para él, la cogió del brazo y se la llevó montañas de Vallcarca arriba, con la criada, que seguía como impedimenta del idilio.

Subieron montaña arriba, arriba, hasta la cumbre, hasta que no encontraron más montaña, y estaba tan fuera de medida lo que le pasaba á Esteban, que aquel tendero sosegado, al ver la ciudad extendida allí abajo, en el azul, con la blancura de las casas acurrucadas bajo el Montjuich, con los brazos de las calles estirándose sobre los campos, tuvo un grito de admiración, y dijo: «¡Esto es espacioso!» Y espacioso

para él era tanto decir como hubieran dicho dos en dos odas los que pertenecen al ramo de hacer odas.

Realmente era «espacioso». Lo era la vista, lo era la tarde, lo era el sol poniente, lo eran los coros de los que bajaban embriagados de juventud y deslizándose sierra abajo del brazo de la enamorada. Aquellos gritos y aquellas guitarras, aquellos silbidos y aquel cantar, que no habían cesado en todo el día, ahora, con el fresco del atardecer, se habían ido apagando; pero si se apagaban las palabras, se habían encendido los corazones. La puñalada de la luz les había entrado en el alma, y el sol que llevaban dentro se les venía á los labios, que se acercaban en la sombra; en las manos, que se juntaban, y en los brazos, que se estrechaban, y antes de entrar en la ciudad bebían el último rayo de sol para guardar la impresión de él al volverse á uncir á la faena.

Esteban, sin decir nada, cogió á Tomasa y la abrazó.

— ¿Te has vuelto loco? — le dijo ella —. ¿No ves que ya estamos en la ciudad?

Y tenía razón Tomasa: volvían á estar en la ciudad, con el fango, con las tiendas, con los carros y con los empujones.

Anda que andarás, llegaron á «La Puntual».

Entraron, preguntaron á la guardiana si había venido algún ladrón, y Esteban, no pudiendo ya más, cansado, maltrecho y rendido, dejándose caer en una silla que había junto al mostrador, dijo suspirando:

— ¡Ay, Tomasa, qué bien se está en la tienda!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año de 1925

IV

De la influencia del paisaje en el porvenir de «La Puntual».

Eso de que Esteban y Tomasa, personas tan case-ras, matrimonio tan reposado, negociantes tan hijos, hubiesen salido un día de su casa, y con cazuela y todo, y con la criada, promovió tanta alarma entre los parientes, los conocidos y hasta los vecinos, que primas, señora Pepa, señora Felicia y todos juntos fueron á verlos al día siguiente, como si les hubiese pasado una desgracia ó les hubiese tocado una rifa; hasta el comerciante en granos dejó el cereal para ir á saber si su yerno se había trastornado y hacía desgraciada á su hija.

— Una locura — decía el matrimonio á los que iban llegando —. Una locura, un repente.

— ¿Pero qué hicisteis? ¿Qué comisteis? ¿Es tan hermosa la vista como dicen?

— ¡Espaciosa! — dijo Esteban.

— Dicen que se ven tantos y cuántos pueblos.

— ¡Espaciosos!

Le había gustado la palabra á Esteban, y todo le

parecía espacioso: la vista, el cielo, el arroz, la cazuela y las chuletas.

— Si estas montañas de los alrededores las tuviesen en el extranjero, serían las mil y una noches — dijo el comerciante en granos entusiasmándose.

— Nosotras hemos oído decir que es una cosa muy poética esa Montaña Pelada — dijeron en terceto las tres Marías.

— ¡Espaciosa! — respondía Esteban.

— Si yo tuviese medios para viajar, no me movería de fuera — decía la señora Felicia —. Me gustaría ir al bosque, pero á un bosque que fuese mío y en el que pudiese tener un estanque, una cascada con piedra rústica, una parra y peces colorados. No hay nada que me haga tanta ilusión como los peces de colores.

— No son buenos de comer — dijeron todos.

Y á propósito de las cascadas, de los peces y del estanque, todos poetizaron, cantando las bellezas del campo.

El comerciante en granos, de joven había subido á San Geroni, y decía entusiasmado:

— La vista de la Montaña Pelada es una vista de segunda comparada con San Geroni. Figúrense ustedes que se va subiendo, subiendo, subiendo, y cuanto más se sube, más se ve. Conté once pueblos y perdí la paciencia. Pinos hay allí para todos los hornos del llano. Allí sí que es «giénico» el aire que se toma. No lleva las «manaciones» del «supsuelo» ni los «miasmas» que respiramos en las ciudades habita-

das, porque allí no hay «supsuelo». Nada, que si los que vivimos en la ciudad en cuanto vienen dos fiestas juntas fuésemos todos á San Geroni, tendríamos las carnes más fuertes y no padeceríamos de «estérico».

— Yo no he estado más que en la Moncada — dijo la señora Rosita —, y me gustó tanto, pero tanto, que si alguna vez adelgazase volvería á ir. Todo es campo de regadío en la Moncada.

— Como que el campo para que sea campo tiene que ser de regadío — dijeron las tres Marías.

— Según — saltó el señor Esteban —; el ramo de la Naturaleza tiene que ser como una tienda: debe estar surtido de todo. Tiene que haber campo de regadío y de secano, frutas, verduras y aguas frescas.

— Aguas frescas para los que están buenos, y aguas calientes para los que estamos enfermos — dijo la pobre señora Pepa —. Cuando yo fui á la Garriga con esperanza de curarme, bien lo pude comprobar. Allí el agua está caliente, sin que la mano del hombre la haya calentado para nada.

— Eso no son más que fenómenos — dijo el comerciante en granos con toda seriedad.

— No son fenómenos; son baños hechos por la Naturaleza. Yo tomé nueve seguidos, porque los baños han de ser impares. Si se toman cinco, siete ó nueve, se cura uno; si se toman ocho ó diez ó doce, va uno de mal en peor. Si yo hubiese podido tomar veintiuno, puede que me hubiese arreglado del todo; pero el negocio me reclamaba, y ya ven ustedes

ahora cómo estoy : viviendo años y años, pero siempre enferma.

— Sea como quiera — dijo el comerciante en granos —, la madre Naturaleza podrá tener sus taras, como todas las cosas del mundo; pero yo tengo confianza en ella. Y eso que soy de esos hombres que no creen más que en lo que tocan. Y con esto no canso más, y que por muchos años podáis ir al campo en un día como éste, y con salud, que es lo principal, y que todos lo veamos.

Y dicho esto se marcharon, dando la enhorabuena á Esteban por aquella «corazonada» que les había salido tan bien.

¡Ya lo creo que les había salido bien!

Les había salido tan bien, que aun no lo sabían todo.

Se supo al cabo de tres meses.

Un día, la propia Tomasa llamó á Esteban aparte, y con los ojos bajos y en tono prudente, le dijo al oído :

— Esteban, prepara un plato más en la mesa.

— ¿Convidados?

— Un convidado que viene para rato, si Nuestro Señor lo permite.

Y le habló más al oído, y Esteban se quedó parado.

— ¿Qué te parece la noticia?

Y él parado.

— ¿Qué dices?

Y él más parado.

— ¿Lo sientes? — dijo ella por último.

— No, no lo siento, al revés; casi te diré que me alegre — acabó por decir Esteban —. Lo que ha de venir y viene... porque viene, no lo siento nunca; pero... me sorprende. Te aseguro que me sorprende.

— ¡Vamos! ¿Y por qué ha de sorprenderte una cosa tan natural?

— ¡Qué te diré yo, pobre de mí!... Todo lo que hace uno sin querer, por natural que sea, sorprende y deja parado. Porque, si te he de ser franco, aun no lo esperaba.

— Eso viene cuando no se espera, tonto.

— Es que yo creí que el ser padre era una cosa más solemne. ¿Cómo diré yo? Que lo sentía uno llegar, y al ver que es tan sencillo, parece que no puede ser.

— Déjate de si puede ó no puede. ¿Estás contento ó no lo estás?

— Claro que lo estoy. ¡Muchol! Pero la cosa viene tan de golpe, que no tiene uno tiempo de alegrarse. Ya ves, ahora lo estoy más que cuando me lo has dicho. Y mañana lo estaré más que hoy, porque habré reflexionado. Abrázame, Tomasa — le dijo para quitarle el mal efecto de la frialdad de antes.

— Déjate de abrazos, y tomemos medidas.

— Eso es — dijo él —, tomemos medidas y hagamos las cosas con orden. Por de pronto, ya tengo pensado que aquello que dijimos de poner nuevas secciones, lo hemos de hacer en seguida. Tendremos más gasto. Vendrá el niño...

— ¿Y quién te ha dicho que va á ser niño?

— Sea lo que sea, tendremos gasto.

— Pensemos en las cosas urgentes; eso ya vendrá cuando llegue la hora.

— Agrandaremos la tienda.

— No hay sitio.

— La agrandaremos aunque no lo haya. Cuando yo nací, se agrandó; cuando nazca el niño ó la niña, nos toca agrandarla á nosotros, y después les tocará á ellos.

— Eso no es urgente, te digo. Tenemos que pensar en á quién hay que decírselo. En qué hemos de hacer y á quién tenemos que avisar.

— Yo no tengo práctica de ser padre de familia. Por mí avisaríamos al padrino, que ése sí que la tiene. Ha visto nacer á tres secciones de niños en nuestra familia, y sabe cómo se arregla este tinglado.

Aunque el abuelo chocheaba é iba muy poco á «La Puntual», fueron á darle la noticia, pensando darle una gran sorpresa; pero la sorpresa fué para ellos cuando les dijo que ya lo esperaba.

— Sí, ya lo esperaba — les dijo —. Sabía que tardaríais en dar fruto de bendición; pero sabía que lo daríais. Mi abuelo, mi padre, yo, mi hijo, tú y todos, hemos tardado y todos lo hemos dado; que aquí el tener descendientes no se hace así sin más ni más. Se tienen con calma y como es debido, como se deben tener todas las cosas.

— Ha venido impensadamente — dijo Esteban.

— No tan impensadamente como tú te figuras — respondió el padrino —. Yo ya estaba seguro de que cumplirías, y ahora te podría dar unos consejos; pero

ya se los di á tu padre, y él te los habrá dado á ti, y no me gusta gastar tiempo en cosas que ya están hechas. Tú no eres un exaltado.

— No lo es — dijo Tomasa.

— No lo soy — dijo Esteban.

— No lo eres — reafirmó el señor Esteban —, y como tienes juicio y conocimientos y se te dió buena instrucción, así como has sabido ser esposo, sabrás ser padre, y abuelo, y bisabuelo, y me detengo. Si es un niño, que lo será, porque ya es tradición de la casa, así comercial como particular, el no tener más que hijos, sólo te tengo que decir una cosa. Apenas abra los ojos, enséñale á mirar ese letrero. Enséñale ese 1830. Y ahora, á esperar y á no descuidarse, que los niños vienen al mundo con toda puntualidad y sin reparar en rótulos.

Realmente, durante los meses que faltaban no se descuidaron; pero, si se ha de decir la verdad, no había motivos de descuido. Si no fuese porque ya sabían que habían de tener un hijo, no se hubiesen enterado de ello. Hubiera llegado al paso y se lo hubieran encontrado en los brazos como si les trajesen un regalo.

Ni mareos, ni náuseas, ni angustias, ni antojos de comer cal, ni tierra, ni albaricoques, ni camuesas; no más deseo que el de hacer dinero, y más dinero, y llenar el cajón; que si es cierto, como aseguran todas las comadronas que lo entienden, que lo que la madre desea le sale al hijo en el cuerpo, aquel niño hubiera tenido que nacer con un duro en cada meji-

lla, con cintas é hilos por cabellos, y por vientre una hucha llena de oro y calderilla.

Eso sí, como el padre es padre, todo se volvía mirar chiquillos que habían nacido hacía poco, y enterarse de cuánto tiempo tenían, y de á cuántos años echaban los dientes, y hacer comparaciones siempre odiosas, y ver escaparates de ropa, y regatearla, y no comprarla... porque de eso ya se cuidaba la madre. Más de dos meses pasó respondiendo á las compradoras que le preguntaban cuándo iba á ser padre: «De hoy á mañana.» Preparó el bautizo con calma, por creer que teniéndolo previsto de antemano se bautizaría mejor; hacía mimos á Tomasa, que casi le salían bien hechos; era amable, era complaciente, era cariñoso..., en fin, era padre..., que por muy 1830 que un hombre sea, los padres siempre son padres.

Aquel hombre tan gris, tan mate, tan apagado y tan «sufrido»; aquel borroso tendero que había pasado los treinta años sin un estremecimiento en la vida; que nunca había llorado ni reído; que nunca había gozado ni sufrido, iba á tener una emoción.

La iba á tener tan fuerte, que en cuanto le dijeron que era un niño, hubiera saltado de alegría, á no ser porque el pobre hombre no podía tener emoción que no llevase contraemoción consigo.

Con el hijo le llegó una noticia: la casa Jiménez, Rubio, Ramírez y Compañía había quebrado, llevándosele mil doscientos duros.

Y quedó tan compensada la alegría con el trastorno, que no sintió trastorno ni alegría; tan barajadas

las dos cosas, y se le hizo tal nudo de impresiones, que si le preguntaban por la quiebra, decía que había sido un niño, y si le preguntaban por el niño, decía: «Son mil doscientos duros.»

V

De cómo crecía Ramoncito y del trastorno que produjo en aquel hogar de mercería.

¡Qué rayo de sol entró en aquella casa al venir aquel niño al mundo! ¡Qué claridad en aquel entre-suelo! ¡Qué estallido de animación y de vida en aquella cueva del orden! Está visto que lo de los antojos no debe ser cosa muy segura, porque les juro á ustedes que no nació con un duro engastado en las mejillas. Si nació con algún antojo fué con un cascabel en la cabeza, porque nunca se ha visto chiquillo como aquél, que al llegar al valle de lágrimas viniese tan fresco, abriese los ojos tan de par en par, y armase tanto estrépito para venir, ni llegase con tanta prisa. Parecía uno de esos cabritillos que al nacer se sacuden el aletargamiento y dan un salto, que quiere decir: «Ya hemos nacido, pues ¡viva la vida!»

La comadrona, los padres y el abuelo se quedaron atontados en cuanto vieron un niño que lloraba, que gritaba, que movía los brazos y las piernas con aquel empeño de querer ser algo. No estaban acostumbra-

dos á aquello en «La Puntual». La tradición de la casa era que llegasen mortecinos, callados, tristes, prudentes, y aquél no llegaba con prudencia ninguna. El escándalo que armaba en la alcoba se oía hasta en el cuartel; los gritos que daba cuando lo envolvían eran feroces. No quería pañales. Quería libertad, pañales libres, desahogo y los derechos del hombre.

Las primas, cuando vieron aquello, dijeron que no era natural, y que debía tener dolor de vientre; la señora del principal dijo que eran lombrices; la madre, como el hijo era suyo, decía que así debía de ser; el padre, como también era padre, decía que sí debía ser así, pero que hubiera preferido que no fuese; y el señor Esteban los calmaba diciendo que aquello era el primer ímpetu, pero que después del bautizo los niños se calman mucho, y que si el bautizo no le calmaba, le calmaría el ejemplo que había de tener á la vista en aquella casa.

El bautizo fué como siempre: en San Cugat, y el padrino también el mismo: el señor Esteban. Quedaron en que se llamase Ramón por tres ó cuatro motivos: porque el padre, que esté en gloria, se llamaba así; porque no había ninguno en la familia, y un Ramón siempre está bien dentro de una familia, y porque si le ponían Esteban, entre Estébanes, Estebanillos y señores Esteban habría una confusión que desbarataría el orden, y se podrían confundir las firmas.

Vino el factón, el cochero, los caballos y el clavel. Vinieron los mismos convidados, además del señor

Pablo y el viajante, que había llegado de Cartagena y se marchaba al día siguiente á Orense; le bautizaron en la misma pila, y el señor Esteban habló como hablaba en estos casos, y hasta se permitió una broma.

— Con tantas veces como hemos venido — dijo medio en serio al cura —, ya podían ustedes hacernos una rebaja.

Al volver á casa y entregar el hijo á la madre, que, naturalmente, le criaba, porque en aquellos tiempos á las madres aun les sentaba bien criar, se vió que el bautizo no le había calmado, como decían, y que continuaba el escándalo.

Aquel chiquillo era un trueno: ó mamar ó chillar, ó llorar ó moverse, ó dormir ó armar jaleo. Aun no tenía cuatro meses, y ya miraba á la gente cara á cara, y no sólo la miraba, sino que parecía conocerla. Á los cinco meses ya se empezó á reir, á reír, señores!, allí donde la risa parecía una blasfemia. Á los nueve meses ya sabía decir «papá» y «mamá»; al año y meses ya hacía preguntas, y al año y medio las contestaba; y en cuanto le dejaron andar, del primer empuje corrió más de dos varas sin tropezar en las sillas.

Otra cosa extraordinaria que se notó en aquel niño, que también era portentosa en aquel nido de buenas costumbres, es que tenía el cabello rizado; pero no cuatro sortijillas de las que se encarcaban con prudencia, sino rizos verdaderos, de lujo, de señor, de noble; de esos rizos que sirven, ó para hala-

gar la vanidad, ó para cortarlos, según la familia en que se crían.

Allí no se gastaban rizos; pero era una cosa tan extraña tener un hijo con «dibujos» y con adornos que no son útiles, que todos estaban admirados.

La madre, sin saberlo, sentía como cierto orgullo; cuando los cabellos se ensortijan es que son distintos de los demás, y sean lo que quieran las mujeres, la distinción siempre les admira. La señora del principal decía con tono de profecía: «¡Ay, cuando crezcan estos cabellos, cuántos guardapelos llenarán!» El señor Esteban no veía inconveniente en ellos. El pelo rizado ó no rizado es «tara» de la persona; pero tara y todo, los miraba y no creía que fuesen perjudiciales para el progreso de la mercería, y á Esteban le eran indiferentes; la cuestión es que el hijo se criase bien, que las prendas naturales son buenas para algún capricho, pero no traen el pan á la mesa.

Rizado ó no, el chiquillo crecía. Crecía en todo: en peso, en viveza, en conocimientos y en alegría. Todo le ponía contento á aquel chiquillo venturoso. Si le decían alguna cosa, por triste que fuese, le hacía reir. Si le reñían, le hacía reir con una risa que acababa en lágrimas y un vuelta á reirse de haber llorado. Si tenía con qué entretenerse, estaba contento por tener entretenimiento, y si no, se divertía solo; y como los gatos cuando son jóvenes, que todo les sirve de algazara, hacía correr los ovillos por la casa y él corría detrás, y enmarañaba madejas y se divertía revolviéndolas, y convertía aquel hogar tan serio y

tan respetable en un frontón ó en un juego de bolos.

Á los tres años ya quería salir, escaparse, volar, huir de aquel nido de trencillas. En cuanto abrían la puerta ya se le encontraban en la calle, y allí amasaba barro, y se mojaba, y se sentaba en los charcos, y se subía en los montones de piedra, y llegaba tan sucio á casa, pero tan contento de estar sucio, que no sabían si reñirle ó volverle á dejar que saliese. Á los cuatro años ya llegaba hasta el cuartel y tenían que correr para cazarle; y á los cinco, aprendió á cantar; cuando no tenía que llorar cantaba, y como no tenía que llorar casi nunca por falta de motivos, se pasaba cantando desde la mañana á la noche, y «la, lalá», y «tararí, tararí», y «la, la», parecía que tenían un pájaro enjaulado en la tienda.

Claro que eso molestaba un poco á aquella gente tan pacífica. Ya sabían que es natural que un niño cante y que salte, que tenga las expansiones á que llevan la falta de edad y la de experiencia; pero los niños de hoy día, según aseguraba Esteban, no son como los niños de su tiempo, que á los cinco años ya reflexionaban, y si bien aun no eran «aptos», ya empezaban á mirar cómo se llenaban los estantes y el rumbo que llevaba el barco en el ramo comercial y muchos detallitos que hay en las tiendas, en los cuales conviene que los niños se fijen.

Claro es que á los cinco años todavía no se piensa y es natural la exaltación; pero... ¿y si el chiquillo fuese de natural exaltado? ¿Y si llegase á ser de esos que, en vez de mirar la estantería, miran el modo de

dejar vacío el cajón? ¿Y si saliese un chiquillo de mala índole (mala índole quería decir gastador), de los que gastan en cuatro días lo que ha costado tantos sudores, y años y años de no ver el sol, y de estarse detrás del mostrador, y de pensar día y noche en las ventas del día siguiente, y de tener la media vara como única religión, y la hucha por capilla, y la cinta y los hilos por rosario, y la calderilla por Dios, y no haber pasado juventud, ni amores, ni gozo, ni alegría, ni haber tenido pena ni gloria para ir acumulando la fortuna que les sirviese para una vejez que tampoco sería vejez? ¿Y si fuese el chiquillo un pródigo? ¡Jesús Todopoderoso nos libre! Si había de ser un pródigo, mucho querían á su hijo, tanto Tomasa como Esteban; pero valdría más para él, para ellos y para todo el mundo, que Nuestro Señor se lo llevase antes de ver semejante cosa, que los hijos es un ¡ay! el tenerlos, y una fortunita de nada cuesta años y años el reunirlos.

Un día, Esteban, para salir de dudas, llamó á Ramoncito y le dijo:

— Óyeme bien, Ramoncito. Cuando seas mayor, ¿qué te gustará ser?

Ramoncito no lo entendía.

— ¿Qué es lo que más te gusta?

— Ir en coche.

— ¿Es decir, que te gustará ser cochero?

— Quiero ser soldado é ir en coche.

— ¿Quieres decir artillero?

— ¡Ir en cochel

— Pero si tienes ganas de ir en coche, tienes que

saber tener dinero, y para tener dinero hay que ganarle, y los que ganan dinero se llaman comerciantes. ¿Quieres ser comerciante ó ir en coche?

— ¡Quiero ser comerciante y andar en coche!

Y como no le podía sacar del coche, el padre se fué á pie á dormir, pensando que... ya había pensado bastante.

Si aquella manía de ir en coche no le había acabado de gustar, lo de comerciante le gustaba, y se durmió como se dormía siempre : sin pena ni alegría.

VI

A lo que llevan cuatro rizos cuando se llevan con vanidad, y de los atropellos que le costaron á Ramoncito, al señor Pablo y á un infeliz borrego que no tenía culpa ninguna.

Aquellos rizos de Ramoncito tuvieron consecuencias.

La procesión del Corpus se acercaba, y pensando en la procesión, á la señora del principal se le había ocurrido una idea.

Ya que el niño era tan rizado, tan rubio y tenía aquella cara de figurita de nacimiento, de angelito de altar, de «niño», ¿por qué no llevarle á la procesión de la parroquia vestido de San Juan, con su cordero correspondiente y con todos los requisitos de estos casos? Si ella tuviese un niño tan «niño», ¡ya lo creo que le llevaría! No esperaría á que creciese, que cuando estas criaturas pasan de los cinco años, hay que cortarles el pelo, y un niño sin pelo ya no es ni niño ni hombre.

La idea entusiasmó á la madre. Realmente, ver á su hijo vestido de San Juan entusiasmo á cualquier